

Identidades y tradiciones de los reformistas argentinos: del entusiasmo bolchevique al latinoamericanismo antiimperialista

Natalia Bustelo*

A mediados de junio de 1918, los reclamos que venían manteniendo hacía meses los estudiantes de la Universidad Nacional de Córdoba con las autoridades desembocaban en la toma del Rectorado, varias manifestaciones y una prolongada huelga, conflictos que hoy asociamos al inicio de la Reforma Universitaria.

La Argentina se organizaba desde hacía dos años bajo un régimen democrático-liberal. En 1916, la elite político-económica que había consolidado un Estado nacional de carácter oligárquico perdía las elecciones y transfería la presidencia a Hipólito Yrigoyen, el líder de la Unión Cívica Radical. Si bien durante los seis años de su mandato tuvieron lugar las brutales represiones conocidas como la Semana Trágica (1919) y la Patagonia Rebelde (1921), Yrigoyen ensayó un rol de mediador en varios conflictos tanto obreros como estudiantiles. A comienzos de 1918 recibía en la casa de gobierno a los jóvenes que, en representación de los estudiantes de la pequeña UNC —donde cursaban apenas quinientos jóvenes—, reclamaban una educación menos católica y conservadora. Haciendo lugar al reclamo estudiantil, en abril el presidente radical decretaba la que sería la primera intervención de la UNC. La comisión interventora, presidida por el abogado y político Nicolás Matienzo, establecía unos nuevos estatutos universitarios a partir de los que eran removidos de sus cátedras y cargos de gestión varios profesores, se disolvían las academias vitalicias que gobernaban las tres

facultades (Ingeniería, Medicina y Ciencias Jurídicas) y se llamaba a elecciones de autoridades, bajo una disposición que por primera vez otorgaba voto a todos los profesores titulares.

Las elecciones de los decanos se realizaron sin mucho conflicto. Sería ante la elección del rector que estallarían la Reforma. Cuando los reformistas supieron que el rector electo había sido Antonio Nores —representante de la elite católica-conservadora que venía gobernando la UNC y que tenía su órgano de expresión en el diario *Los Principios*—, ingresaron al salón rectoral e impidieron la firma del acta que debía legitimarlo en el cargo. Seis días después comenzaba a circular el célebre *Manifiesto Liminar*, primero en *La Gaceta Universitaria*. Órgano de la *Federación Universitaria de Córdoba* y luego en distintos periódicos estudiantiles y político-culturales de la Argentina y de países cercanos. Allí los federados explicaban “a los hombres libres de América” —en la prosa lírica del joven abogado Deodoro Roca— que la revuelta había roto la última cadena que en pleno siglo XX ataba a Córdoba “a la antigua dominación monárquica y monástica” e incluían esa batalla dentro de un largo combate a favor de una universidad laica y democrática —combate al que pronto se uniría la lucha por la emancipación social—.

Semanas después, Yrigoyen asignaba los recursos financieros para que llegaran a la convulsionada ciudad de Córdoba sesenta delegados

* Doctora en Historia (UNLP), profesora de Filosofía (UBA) y magíster en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural (IDAES/UNSAM). Es investigadora asistente del Conicet, sede CeDInCI. Allí coordina el Seminario Permanente de Historia Intelectual e integra el consejo académico del portal *AmericaLee*. Además es docente de Pensamiento Argentino y Latinoamericano (Filosofía, UBA) y de Historia Argentina I (Historia, UNSAM). Investiga sobre las revistas político-culturales argentinas de la primera mitad del siglo XX y la relación entre filosofía y política en el mismo período. Es autora de *Todo lo que necesitás saber sobre la Reforma Universitaria* (Paidós, 2018).

estudiantiles de las nuevas federaciones universitarias de Buenos Aires, La Plata, Tucumán, Santa Fe y Rosario.²⁰ Estos debían discutir, en el marco del Primer Congreso Nacional de Estudiantes, los proyectos de democratización universitaria. En agosto el presidente emitía un decreto que obligaba a las universidades a reformar sus estatutos para disponer, entre otras reformas, la asistencia no obligatoria de los estudiantes a clases, la libertad de cátedra, un nuevo régimen de concursos docentes y la representación de los estudiantes en el gobierno universitario. Pero sería a fines de septiembre cuando se destrabaría el conflicto en la UNC, ya que, luego de una breve y resonante ocupación estudiantil de la Universidad, Yrigoyen envió la segunda intervención y se realizaron nuevas elecciones de autoridades.

El congreso estudiantil había precisado el “contenido orgánico” de la Reforma y sugería que, dada la predisposición favorable a los reformistas que manifestaba Yrigoyen, en un corto plazo las universidades comenzarían a regirse por ese contenido y la Reforma quedaría realizada. Pero, por un lado, aparecían reclamos reformistas en diversas facultades y escuelas secundarias, y la resistencia del presidente de la Universidad Nacional de La Plata, Rodolfo Rivarola, a otorgar voz y voto a los estudiantes en el gobierno universitario abrió en 1919 un nuevo conflicto de resonancias nacionales. Por el otro, la Reforma estaba lejos de haber concluido para quienes creían que el nuevo movimiento estudiantil debía trascender la esfera de la educación para incorporar al estudiante como un sujeto más de

20 La Universidad de Buenos Aires contaba para 1918 con casi cinco mil estudiantes y, junto a la de Córdoba y La Plata —donde estudiaban cerca de setecientos jóvenes—, tenía un carácter nacional. Mientras que en la UBA y en la UNC primaba la formación en profesiones liberales (abogacía, ingeniería y medicina), la Universidad Nacional de La Plata combinaba carreras profesionales con algunas de orientación técnica o científica. Las pequeñas universidades de Santa Fe (con sede en la ciudad de Santa Fe y en Rosario) y de Tucumán tenían un carácter provincial e impartían educación técnica ligada a la producción regional. La nacionalización de ambas estuvo en el centro de las campañas reformistas y fue conseguida en la década del veinte.

la escena política. De modo que la primera escisión que se registró en el movimiento reformista fue entre los profesores y grupos estudiantiles que proponían una definición institucionalista —que ceñía la Reforma a una renovación de las casas de estudio según los criterios democráticos y científicos definidos en el congreso estudiantil y apoyados por Yrigoyen— y una definición política —que señalaba al estudiante como un nuevo sujeto social que debía reclamar no sólo universidades reformadas sino también sociedades más democráticas y justas—. Sin duda, al interior de esa definición política se abría un amplio abanico de apuestas en disputa.

La proyección revolucionaria de la Reforma

Para 1918 el Partido Demócrata Progresista (PDP) contaba con las simpatías de varios jóvenes universitarios y desde su rivalidad con el “personalismo faccioso” de la Unión Cívica Radical intentó articular, bajo el liderazgo del joven abogado Julio V. González, una juventud que defendiera la Reforma Universitaria y al mismo tiempo se reconociera como el sector medio encargado de evitar los conflictos sociales y las injusticias que sufrían los trabajadores (González, 1932). De ese intento quedaría la Declaración de la Juventud Demócrata Progresista, puesta a circular en septiembre de 1923, y algunas iniciativas cordobesas, pero el comienzo de la década del treinta encontraría a González y a otros demócratas progresistas en las filas del Partido Socialista (PS). La dirigencia del PS, ya ante las primeras noticias del conflicto estudiantil cordobés, había saludado y apoyado la Reforma, tanto desde *La Vanguardia* (el órgano más importante del partido) como desde las bancas que ocupaban los seis diputados nacionales —incluso dos de ellos, Mario Bravo y Juan B. Justo, realizaron en 1918 breves viajes a Córdoba para participar de las manifestaciones— (Ratto, 2018). Y en ese apoyo la dirigencia realizaba su prescripción política: la Reforma era un movimiento liberal y progresista que, en su enfrentamiento con la universidad arcaica, debía confluir con la fracción política argentina que desde fines del siglo XIX apostaba por un cambio progresivo hacia el socialismo, esto es, un socialismo que debía

priorizar la educación del pueblo y la sanción de leyes orientadas a erigir una sociedad sin explotados ni explotadores (Aricó, 1999: 109-110).

A distancia de aquellas dos apuestas, otros socialistas y los anarquistas alentaban la convergencia de la Reforma con la revolución social. Tanto los socialistas que formaban la fracción Claridad dentro de ese partido como los que lo habían abandonado para fundar el Partido Socialista Internacional (devenido poco después Partido Comunista) bregaban por un movimiento reformista que se sumase a la era emancipatoria que había abierto Rusia en 1917. También los anarquistas argentinos —que, en su mayoría, apoyaron la revolución bolchevique hasta entrada la década del veinte— propusieron que los estudiantes sólo podrían lograr la Reforma si se sumaban a un movimiento internacional que prometía una reorganización social que emancipara a la humanidad.

A comienzos del siglo XX, la discusión sobre el pronunciamiento a favor de la definición política de las instancias gremiales había dividido al movimiento obrero en una central de tendencia anarquista, la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) del V Congreso, y en una central que suspendía las precisiones políticas para concentrarse en la lucha sindical, la FORA del IX. Cuando en 1918 crecen las iniciativas gremiales de los estudiantes, se produce una discusión similar y los jóvenes acuerdan que las federaciones universitarias tendrían una condición estrictamente gremial. Pero la cuestión del pronunciamiento político volvía a instalarse cuando la FUC resolvía adherir al paro obrero del 12 de enero de 1919 en protesta por la represión de la Semana Trágica. El mismo día una patota nacionalista saqueaba el edificio de *La Voz del Interior*, el diario que apoyaba a los reformistas, y un juez emitía una orden de captura sobre varios líderes estudiantiles. Era “la revancha contra el 18”, como recordaría el líder estudiantil Gregorio Bermann (1968: 54). Doce días después, la FUC ponía a circular un nuevo manifiesto donde subrayaba la legitimidad de los reclamos obreros e inscribía la Reforma Universitaria en un proceso dirigido a modificar “la organización social, económica, política e intelectual, tenien-

do como finalidad inmediata el afianzamiento de la libertad, la verdad y la justicia en todos sus órdenes” (Del Mazo, 1927: V, 61).

En una Argentina convulsionada por huelgas y manifestaciones, esa libertad, verdad y justicia nombraban las simpatías con el álgido ciclo argentino de protesta obrera que coincidía con la Revolución rusa y una ola insurreccional que se expandía por el mundo. El temor que esas simpatías despertaban en las derechas era tal que a fines de 1918 un ministro y un jefe de policía denunciaban a la FUC como parte de una conspiración obrero-estudiantil orientada a instalar el “caos bolchevique”. Y un año y medio después otro jefe de policía junto al gobernador de La Plata declaraba haber desarmado una conspiración similar.

Esa fracción estudiantil que lograba una inesperada masividad había abrazado en los años de la Primera Guerra Mundial el pacifismo de los anarquistas y de los socialistas de izquierda, y actualizaba ahora su ideario con la emergencia del bolchevismo. Estudiaba la nueva doctrina “maximalista” en los *Documentos del Progreso*, una revista quincenal editada en Buenos Aires entre 1919 y 1921 por un grupo de socialistas que —según anunciaban los propósitos del número inicial— emprendía la selección, traducción y difusión de los

decretos de los gobiernos proletarios, proclamas, manifiestos, escritos de periodistas y de observadores imparciales que siguen los acontecimientos en el mismo teatro donde se desarrollan los sucesos, publicaciones de eminentes escritores, artistas y hombres de ciencia que llevan al proletariado el aporte inapreciable de su capacidad y de su prestigio.

En Córdoba, La Plata, Santa Fe y Rosario emergían grupos estudiantiles que promovían charlas y actos en los que por primera vez los estudiantes se mezclaban con los obreros sindicalizados, al tiempo que editaban periódicos que impulsaban la continuidad de la Reforma con la Revolución. La atracción por los bolcheviques se extendía incluso entre líderes estudiantiles que participaban del

PDP, como el mencionado Julio V. González y Florentino Sanguinetti, quienes saludaron las iniciativas de Lenin y difundieron entre los estudiantes los “progresos” que traía el reemplazo del parlamento por un sistema de *soviets* o consejos obreros.

En agosto de 1918 Córdoba Libre, la asociación que lideraban Deodoro Roca, Saúl Taborda y Sebastián Palacio y que fue decisiva en la masificación del conflicto estudiantil de ese año, lanzaba *La Montaña*. Con su referencia a la fracción más radical de la Convención francesa de los años de la Revolución, ese periódico sostenía que las universidades no podían ser renovadas si los cambios no se extendían a la sociedad toda. Si bien con *La Montaña* se inauguraba un periodismo que ligaba la Reforma a los reclamos por una sociedad emancipada, sería *Bases. Tribuna de la Juventud* la primera revista que, proponiéndose ese mismo objetivo, era editada por estudiantes. El joven socialista Juan Antonio Solari elegía el Día del Trabajador, el 1° de Mayo de 1919, para iniciar un periódico porteño que en su combate contra el nacionalismo jerarquizante —difundido entre los estudiantes de la Facultad porteña de Filosofía y Letras por los *Cuadernos* del Colegio Novecentista y entre los estudiantes de la Facultad porteña de Derecho por la *Revista Nacional*— sumaba la participación de Herminia Brumana y las pocas mujeres ligadas a la Reforma, así como la discusión sobre la igualdad social de las mujeres.

Los editoriales, notas breves, reseñas y recuadros que componen los ocho números de *Bases* no dejan dudas de que el mundo anunciado era el abierto por Rusia, pero también confirman que ese mundo debía completarse, en el plano teórico, con el socialismo romántico de la Generación del 37 y, en el práctico, con la participación en las iniciativas obrero-estudiantiles de la Reforma.²¹ Poco después el Ate-

21 Subrayemos que en Perú Víctor Raúl Haya de la Torre y su grupo reformista elegían a Manuel González Prada como el padre fundador de la redefinición de la universidad que iniciaban, en Cuba Julio Antonio Mella y su grupo optaban por José Martí, mientras que entre los argentinos el panteón sería ocupado por Juan Bautista Alberdi y otros miembros de la Generación del 37, de los que se destacaba su momento socialista.

neo de Estudiantes Universitarios, suerte de sección cultural de la Federación Universitaria de Buenos Aires, reemplazaba su revista cultural *Ideas*, editada regularmente desde 1915, por *Clarín*, un semanario de “predica en hojas menos doctas, pero más al alcance popular”, al tiempo que se vinculaba a la FORA del IX y al Partido Socialista Internacional (Monner Sans, 1930: 21-22). En Rosario los estudiantes anarquistas y bolcheviques lanzaban *Verbo Libre*, una revista que proseguía la “obra libertaria” iniciada por la juventud universitaria de Córdoba, Buenos Aires y Santa Fe y apoyaba “a las clases proletarias en este movimiento universal de emancipación”. A la misma tarea se sumaban las revistas estudiantiles *Germinal* y *La Antorcha* de Rosario, las platenses *Alborada* y *Germinal* y la cordobesa *Mente*, y en torno de ellas se fundaba a mediados de 1920 una breve Federación de Estudiantes Revolucionarios (Bustelo y Domínguez Rubio, 2017).²²

Desde *Mente*, los líderes cordobeses Taborda, Roca, Carlos Astrada, Emilio Biagosch, Ceferino Garzón Maceda y Américo Aguilera se convertían en los referentes de una interpretación vitalista de la Revolución rusa para la que la humanidad transitaba una ruptura tal de la historia que podría desplegar por primera vez sus múltiples inquietudes vitales. José Ingenieros y Alfredo Palacios, en cambio, ofrecían a la misma fracción estudiantil notas y discursos en los que Rusia aparecía como un avance irreversible en la evolución de la humanidad hacia una sociedad sin clases. El reemplazo de *Bases* por *Insurrexit* en septiembre de 1920 perseveraba en la difusión de ambas interpretaciones entre los estudiantes porteños, y profundizaba además una discusión sobre la igualdad de las mujeres poco después relegada por la Reforma (Tarcus, 2018).

Como mencionamos, la definición que rivalizó más fuertemente con los revolucionarios se organizó en torno de los *Cuadernos* (1917-1919) del Colegio Novecentista y de la *Revista Nacio-*

22 Las colecciones completas de *Bases*, *Clarín* y *Mente*, junto a índices y ensayos introductorios, pueden consultarse en <http://americalee.cedinci.org>.

nal (1918-1920) que dirigieron los jóvenes Julio Irazusta y Mario Jurado. El líder de esta fracción fue el hijo mayor del filósofo Alejandro Korn, el joven Adolfo Korn Villafañe. Este insistió en una interpretación nacionalista y antiizquierdista de la Reforma, que desplazaba las revueltas de 1918 por la paz constructiva que habría traído el año 1919. Es que la misión de los reformistas sería la de erigirse en la elite intelectual capaz de orientar la nación en los valores cristianos, antiliberales y antipositivistas que garantizarían el orden social (Vásquez, 2000; Korn Villafañe, 1920, 1922, 1928). A los diversos folletos, discursos y grupos de Korn Villafañe se sumaba en 1927 *La Reforma universitaria o el problema de la nueva generación*, un largo ensayo en el que el joven Carlos Cossio hacía un balance de las diversas interpretaciones para consagrar a la nacionalista formulada por Korn Villafañe. Pero antes, en 1925, ella encontraba un canal de circulación platense con Antonio Herrero y su grupo Diógenes. En su intento de revisión de la cultura nacional desde un antiliberalismo organicista y cristiano, el grupo editó entre 1925 y 1928 la revista *Diógenes* y en 1928 el libro *Ideario Nuclear* —saludado ese año por la revista oficial del fascismo italiano, *Crítica Fascista*. *Revista Quindicinale del Fascismo*—. ²³

Si los acontecimientos internacionales de la década del veinte le otorgaron más audibilidad a la definición nacionalista de la Reforma —que, de todos modos, siguió siendo muy minoritaria—, su rival revolucionaria, en cambio, debió realizar importantes reformulaciones. Para 1923 ya no se editaba ninguno de los periódicos bolcheviques y la Federación de Estudiantes Revolucionarios se había disuelto. A escala internacional, el capitalismo se estabilizaba y la Unión Soviética quedaba aislada en su ensayo de sociedad comunista. A nivel local, el ciclo de protestas decrecía e Yrigoyen era sucedido por Marcelo T. de Alvear, quien, a pesar de pertenecer a la Unión Cívica Radical, asumía una posición de enemistad con el movimiento estudiantil, al tiempo que reincorporaba a muchos profesores cuestionados. Ante este escenario, varios reformistas

revolucionarios ensayaban una politización que estaría marcada por el latinoamericanismo y el antiimperialismo —y que lograría proyectarse en las décadas siguientes al costo de olvidar el bolchevismo que acabamos de rastrear—.

La proyección latinoamericanista de la Reforma

A comienzos de 1923, el grupo estudiantil platense Renovación comenzaba a editar la voluminosa revista *Valoraciones*. Estos jóvenes erigían a Alejandro Korn en su referente local y trazaban lazos entre el movimiento estudiantil, las tesis filosóficas antipositivistas y un socialismo cercano al PS (Rodríguez y Vásquez, 2002). En Buenos Aires un grupo de jóvenes graduados de derecho y estudiantes de Filosofía y Letras realizaba una intervención más radical: proponía la conciliación de la Reforma con un vanguardismo estético-político que se oponía a la democracia parlamentaria para simpatizar tanto con el fascismo y el antisemitismo como con el comunismo. Para ello editaba entre 1923 y 1927 *Inicial*, una revista con la que las tesis políticas de Georges Sorel experimentaban una recepción programática (Cremonte, 2018).

Si la apuesta de *Inicial* despertó algunas polémicas pero no logró proyección, el socialismo antipositivista platense, en cambio, perduró en las iniciativas de varios discípulos de Korn, como la Universidad Popular Alejandro Korn, fundada en 1936 en la sede bonaerense del PS, y las revistas *Libertad creadora* (1943) y *Cuadernos de La Plata* (1969-1971). De todos modos, la apuesta que en la década del veinte alcanzó mayor despliegue y que consiguió, en las siguientes, quedar asociada a la Reforma fue la que comenzaron a liderar José Ingenieros y Alfredo Palacios.

A fines de 1922 una numerosa comitiva encabezada por el ensayista José Vasconcelos recorría Sudamérica para difundir el programa de la Revolución mexicana y construir una plataforma continental de apoyo antiimperialista. A comienzos del año siguiente Ingenieros ponía a circular *Renovación*, un boletín mensual de doce páginas —editado hasta agosto de 1930— que sería la primera prensa ligada a la Reforma

23 Agradezco la referencia a Horacio Tarcus.

que emprendería una tirada masiva y una distribución en los quioscos. En los números que publicó entre 1923 y 1925, *Renovación* saludó el proceso mexicano y su prédica contra el imperialismo estadounidense, difundió noticias sobre la experiencia civilizatoria que estaba teniendo lugar en Rusia y sobre los peligros de la Liga de las Naciones, y publicitó cada nuevo proyecto del movimiento estudiantil izquierdista de la Argentina y del continente (Pita González, 2009). Pero la cuestión sobre la que volvieron una y otra vez esos primeros números fue la necesidad —enunciada por Ingenieros en el discurso con el que había presentado en Argentina a Vasconcelos— de fundar un “partido americano de intelectuales”. Este debía recoger las simpatías por la experiencia rusa y la “Revolución en los Espíritus” que proponía Henri Barbusse desde París, para adaptar el antiimperialismo socialista a las problemáticas latinoamericanas y al movimiento de la Reforma.

La fundación de ese partido llegaba en marzo de 1925 bajo el nombre de Unión Latino-Americana (ULA) y la presidencia de Palacios, quien acababa de concluir su gestión reformista en el decanato de la Facultad platense de Derecho (Graciano, 2008: 91-118). *Renovación* se convertía entonces en el órgano político de la ULA, al tiempo que los jóvenes reformistas Carlos Amaya y Carlos Sánchez Viamonte abandonaban la redacción de *Valoraciones* para fundar junto a Julio V. González *Sagitario* (1925-1927), una revista platense que funcionó como el órgano cultural de la ULA. Por su parte, Bermann, Enrique Barros, Roca y otros líderes iniciales cordobeses anunciaban la fundación de una filial cordobesa de la ULA. Y se sumaban a esta red las revistas porteñas *Revista de Oriente. Órgano de la Asociación Amigos de Rusia* y *Acción Universitaria*, que a fines de 1926 tuvo su segunda época con 1918. *Órgano de la Nueva Generación Sudamericana*.

Luego de un primer intento de convergencia con la Liga Antiimperialista Sección argentina, dependiente del Partido Comunista, la ULA se colocaba como su rival, pues se negaba a incorporar a la dirigencia obrera hasta disolver su condición de partido de intelectuales (Pita González, 2011). Su definición de la Reforma

como un movimiento latinoamericanista y antiimperialista requería de la expansión entre intelectuales y estudiantes localizados más allá de las fronteras argentinas, y en ello fueron clave: la revista montevideana *Cultura* —que fundó el estudiante de derecho Oscar Cosco Montaldo en un intento de establecer una sección uruguaya de la ULA—; el “nomadismo proselitista” del joven Víctor Raúl Haya de la Torre —que entonces daba a conocer desde México la APRA—; el socialismo comunista que se articulaba en Lima bajo el liderazgo de José Carlos Mariátegui y en La Habana y México por la iniciativa de Julio Antonio Mella; el Congreso Iberoamericano de Intelectuales, que se proponía realizar en La Habana el poeta peruano Edwin Elmore; y la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos (AGELA), que el mismo Ingenieros fundaba en París.

Si bien Ingenieros fallecía inesperadamente en 1925, como acabamos de reconstruir, el pasaje de una proyección revolucionaria de la Reforma a una latinoamericanista que había liderado junto a Palacios ya contaba con importantes iniciativas y entusiastas difusores. En 1927 se sumaban los seis tomos de *La Reforma Universitaria*, una compilación de fuentes documentales —que continúa siendo la más voluminosa— preparada por Gabriel del Mazo. Este joven ingeniero había sido un líder inicial de la Reforma y si bien recogía las diversas interpretaciones, desde su “Nota al lector” y la mayor presencia de los documentos apristas explicitaba su afinidad con el tipo de liderazgo asumido por Haya de la Torre. Ante las tensiones entre los diversos liderazgos latinoamericanistas, Julio V. González proponía en el mismo año 1927 la fundación de un Partido Reformista Nacional. Fracasado este, en 1928 la ULA adhiere al APRA y con ello se distancia del socialismo de Mariátegui y Mella. Dos años después, el golpe de Estado argentino, además de interrumpir el régimen democrático-liberal, pone fin a los intentos reformistas de construir un “partido de los intelectuales”. Varios líderes iniciales de la Reforma ingresan a las filas del PS mientras que otros lo hacen a la Unión Cívica Radical y algunos se transforman en compañeros de ruta del Partido Comunista.

Los reformistas en los partidos políticos

Para 1930 es claro que la Reforma instaló una nueva figura de estudiante: frente al “niño bien” al que la universidad le permite confirmar —o alcanzar— la pertenencia a la elite político-económica, se esboza un estudiante que se inscribe en una cultura de izquierdas, modulada de diversos modos con el correr de los años. En rivalidad con el intento de circunscribir la Reforma a la democratización de las universidades y con el intento de ligarla a un nacionalismo antiizquierdista, aparece un estudiante que se compromete con la emancipación del género humano, y para ello procura una ciencia capaz de remediar las injusticias sociales, emprende proyectos de extensión universitaria o traza su solidaridad con el movimiento obrero. Si entre 1919 y 1922 se desplegaron varias iniciativas que hacían confluír la Reforma con la Revolución y los años siguientes trajeron la articulación de un movimiento identificado con el latinoamericanismo y el antiimperialismo, las problemáticas de los treinta incorporan a esta última politización el antifascismo —y con ello se prefigura un enfrentamiento con la cultura plebeya que sería clave en la oposición que mantuvieron los reformistas con el peronismo histórico—.

En Perú la Reforma fue el primer escenario de intervención de los líderes del partido que terminaría representando a los sectores medios, el APRA, mientras que en Cuba fue un movimiento central en la fundación del Partido Socialista. Los reformistas argentinos, en cambio, asumen para 1930 que el movimiento no puede traducirse en un nuevo partido político. En 1931 Barros, Taborda, Bermann, Deodoro Roca, entre otros, apuestan a la breve Alianza Civil que conforman en Córdoba el PS y el PDP (Tcach, 2009). E incluso los dos últimos son los candidatos a gobernador e intendente, respectivamente, pero en los años siguientes se convierten en compañeros de ruta del Partido Comunista, que por entonces cuenta con Paulino González Alberdi, Héctor P. Agosti y Alcira de la Peña como sus líderes estudiantiles destacados.

Por su parte, Julio V. González y Gabriel del Mazo se erigen en entusiastas promotores de una versión de la Reforma que la liga tanto al latinoamericanismo antiimperialista como a una “nue-

va generación” en la que resuenan las ideas de José Ortega y Gasset. Pero si el primero lo hace para conciliarla con el PS, el segundo insiste en que la Reforma representa la llegada del radicalismo democratizador y se convierte en un reconocido intelectual y político del yrigoyenismo, el aprismo y el forjismo. La década del sesenta y su “nueva izquierda” traerían tanto el cuestionamiento a la posición asumida por el movimiento reformista ante el peronismo como un nuevo entusiasmo revolucionario. De todos modos, la Reforma les seguiría señalando a las sucesivas generaciones estudiantiles la necesidad de renovar el programa democrático en las universidades y de construir sociedades más justas.

Referencias bibliográficas

Fuentes primarias

Bermann, B. (1968). *Scherzo 1918*. Córdoba, mimeo en el Archivo de la Casa de la Reforma de la Universidad Nacional de Córdoba.

Cossio, C. (1927). *La Reforma Universitaria o el problema de la Nueva Generación*. Buenos Aires: Centro de Estudiantes de Derecho.

Del Mazo, G. (1927). *La Reforma Universitaria*, 6 ts. Buenos Aires: Círculo Médico Argentino - Centro de Estudiantes de Medicina, Federación Universitaria de Buenos Aires.

González, J. V. (1932). Declaración de principios y puntos de partida para una organización política. *Reflexiones de un argentino de la nueva generación* (pp. 167-210). Buenos Aires: s. d.

Grupo Diógenes (1928). *Ideario Nuclear*. La Plata: s. d.

Korn Villafañe, A. (1920). *Incipit vita nova! Alberdi, la nueva Argentina y la nueva universidad*. Buenos Aires: Revista Nacional - Unión Universitaria de Buenos Aires.

(1922). *Disciplinas de la nueva generación. Cuaderno III: Los derechos proletarios (ensayo novecentista)*. La Plata: edición propia.

(1928). 1919 (primera parte). Buenos Aires: Publicaciones de la Editorial Reformista del Centro de Estudiantes de Derecho y Ciencias Sociales.

Monner Sans, J. M. (1930). *Historia del Ateneo Universitario (1914-1920)*. Buenos Aires: Mercatali.

Fuentes secundarias

Aricó, J. (1999). *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*. Buenos Aires: Sudamericana.

Bergel, M. (2009). Nomadismo proselitista y revolución: notas para una caracterización del primer exilio aprista (1923-1931). *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 20(1), pp. 41-66.

Bustelo, N. (2018). *Todo lo que necesitás saber sobre la Reforma Universitaria*. Buenos Aires: Paidós.

Bustelo, N. y Domínguez Rubio, L. (2017). Radicalizar la Reforma Universitaria. La fracción revolucionaria del movimiento estudiantil argentino (1918-1922). *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 44(2), pp. 31-62. Recuperado de <https://revistas.unal.edu.co/index.php/achsc/article/view/64014>.

Cremonte, M. (2018). *El momento soreliano. Vitalismo, juvenilismo y fascismo en la revista Inicial (1923-1927)*. Tesis de Maestría en Historia Conceptual, UNSAM (mimeo).

Graciano, O. (2008). *Entre la torre de Marfil y el compromiso político. Intelectuales de la izquierda argentina 1918-1955*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Pita González, A.

(2009). *La Unión Latino Americana y el Bolelín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*. México: Colegio de México.

(2011). La Liga Antiimperialista Sección Argentina: opiniones y representaciones a través de la prensa periódica (1926-1929). En A.

Pita (ed.), *Intelectuales y antiimperialismo: entre la teoría y la práctica* (pp. 115-154). Colima: Universidad de Colima.

Portantiero, J. C. (1978). *Estudiantes y política en América Latina (1918-1938). El proceso de la Reforma Universitaria*. México: Siglo XXI.

Ratto, A. (2018), La Reforma Universitaria y el Partido Socialista. En A. C. Agüero y A. Eujanian (eds.), *Variaciones del reformismo. Tiempos y experiencias* (pp. 65-93). Rosario: HyA ediciones.

Rodríguez, F. y Vásquez, K. (2002). Gritos y susurros en el Jardín de Akademos. El movimiento estudiantil reformista en La Plata a través de sus revistas (1923-1927). *Intellèctus. Revista Electrónica*, 1(2), pp. 1-22. <http://www.intellectus.uerj.br/Textos/Ano1n2/Texto%20de%20Fernando%20Diego%20Rodriguez%20y%20Karina%20Vasquez%20.pdf>.

Tarcus, H.

(2004). Revistas, intelectuales y formaciones culturales izquierdistas en la Argentina de los veinte. *Revista Iberoamericana*, LXX(208-209), pp. 749-772.

(dir.) (2007). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la "nueva izquierda" (1870-1976)*. Buenos Aires: Emecé.

(2018). Di tu palabra y rómpete: el corto verano del Grupo Universitario Insurrexit y su revista. En A. C. Agüero y A. Eujanian (eds.), *Variaciones del reformismo. Tiempos y experiencias* (pp. 95-135). Rosario: HyA ediciones.

Tcach, C. (2009). Deodoro Roca: militante socialista. En D. Roca, *Obra reunida. III Escritos jurídicos y de militancia* (pp. XXXIX-LXXIII). Córdoba: Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba.

Vásquez, K. (2000). Intelectuales y política: la "nueva generación" en los primeros años de la Reforma Universitaria. *Prismas*, 1(4), pp. 59-75.